

Identidad, comunidad y testimonio: Edith Stein y los desafíos del siglo XXI. Entrevistas con Cecilia Giudice, Eva Reyes-Gacitúa y Mátyás Szalay

Identity, Community, and Testimony: Edith Stein and the Challenges of the 21st Century. Interviews with Cecilia Giudice, Eva Reyes-Gacitúa, and Mátyás Szalay

Lic. Guillermo Salinas
UFASTA - UNMDP

RESUMEN

Como cada año, la Facultad de Humanidades de la Universidad F.A.S.T.A. ha querido conmemorar en su festividad a su santa patrona, Edith Stein. En el año 2025, lo ha llevado a cabo a través de los conversatorios «Luz en la encrucijada: Edith Stein y los desafíos del siglo XXI». El evento tuvo lugar por medio de una serie de entrevistas a especialistas en la vida y obra de santa Teresa Benedicta de la Cruz. Estos docentes e investigadores, Cecilia Giudice, Eva Reyes-Gacitúa y Mátyás Szalay, han compartido algunas reflexiones a partir de los estudios que han desarrollado en torno a la figura de la santa filósofa. Así, nos han dado a ver el modo en que han conocido a la filósofa alemana y nos han mostrado cómo su pensamiento permanece vigente para pensar el mundo contemporáneo. Sus explicaciones nos permiten ahondar, desde distintas perspectivas, en el mismo y único pensamiento oceánico de una de las grandes filósofas del siglo XX. Presentamos aquí de manera escrita el aporte que estos profesionales nos brindaron en las entrevistas.

PALABRAS CLAVE: Edith Stein; filosofía; vocación; educación; empatía; política

ABSTRACT

Every year, the Faculty of Humanities at F.A.S.T.A. University wanted to commemorate its patron saint, Edith Stein, on her feast day. In 2025, it did so through the discussions "Light at the Crossroads: Edith Stein and the Challenges of the 21st Century." The event took place through a series of interviews with specialists in the life and work of Saint Teresa Benedicta of the Cross. These professors and researchers, Cecilia Giudice, Eva Reyes-Gacitúa, and Mátyás Szalay, shared some reflections based on the studies they have developed around the figure of the philosopher. Thus, they gave us an insight into how they came to know the German philosopher and showed us how her thought remains relevant in our contemporary world. Their explanations allow

us to delve, from different perspectives, into the same unique oceanic thought of one of the great philosophers of the 20th century. We present here in written form the contribution that these professionals gave us in the interviews.

KEYWORDS: Edith Stein; philosophy; vocation; education; empathy; politics

Introducción

Como cada año, el pasado mes de agosto del año 2025, la Facultad de Humanidades de la Universidad F.A.S.T.A. ha querido conmemorar en su festividad a su santa patrona, Edith Stein. En esta ocasión, lo ha llevado a cabo a través de los conversatorios «Luz en la encrucijada: Edith Stein y los desafíos del siglo XXI». El evento tuvo lugar por medio de una serie de entrevistas a especialistas en la vida y obra de santa Teresa Benedicta de la Cruz. Estos docentes e investigadores, Cecilia Giudice¹, Eva Reyes-Gacitúa² y Mátyás Szalay³, han compartido algunas reflexiones a partir de los estudios que han desarrollado en torno a la figura de la santa filósofa. Con riqueza, singularidad y mucha actualidad, nos han dado a ver el modo en que han conocido a la filósofa alemana y nos han mostrado cómo su pensamiento permanece vigente a la hora de pensar el mundo contemporáneo. Así, sus explicaciones nos permiten ahondar, desde distintas perspectivas, en el mismo y único pensamiento oceánico de una de las grandes filósofas del siglo XX. Presentamos aquí de manera escrita el aporte que estos profesionales nos brindaron en las entrevistas. Así, se complementa a sus trabajos académicos publicados, la viva voz que con veneración intenta acercarse a la persona de la santa filósofa, para con ella reflexionar sobre el mundo en que vivimos.

Atendiendo a la actualidad de estas aproximaciones a la obra de Edith Stein, hemos decidido enlazar las entrevistas únicamente a través de tres términos presentes en el título: identidad, comunidad y testimonio. En primer lugar, con estos términos subrayamos, de la entrevista con la doctoranda Lic. Cecilia Giudice, las expresiones que ha tenido acerca de la formación de la identidad según la filosofía de Edith Stein.

¹ Cecilia Giudice es Profesora y Licenciada en Filosofía por la Universidad Católica Argentina. Doctoranda de la UCA y de la FernUniversität in Hagen, en el marco del programa FILORED. Su tema de investigación es el concepto de das Gemüt (el “corazón” como “núcleo personal”) en la filosofía de Edith Stein. Ex becaria ICALA y de DAAD. Miembro del proyecto de investigación Fenomenología del Acto Creador (Dir.: Cecilia Avenatti, Luis Rabanaque) y de la Edith Stein Gesellschaft Österreich.

² Eva Reyes-Gacitúa es Doctora en Teología, Magister en Teología y Bachiller en Teología por la Universidad Católica de Chile. Es también Licenciada en Educación y profesora de Religión por la Universidad Católica Raúl Silva Henríquez y, actualmente doctoranda en Filosofía por la Universidad Católica de Argentina. Trayectoria y currículum vitae detallado se puede ver en:

<https://independent.academia.edu/EvaReyesGacitúa> ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-5233-3785>

³ Mátyás Szalay es Doctor en Filosofía por la International Academy of Philosophy de Liechtenstein y doctorando en Teología en la Universidad Babes Bolyai de Rumania. Ha sido director del Instituto de Filosofía Edith Stein de Granada y actualmente es profesor-investigador en la Universidad Católica Péter Pázmány (Budapest, Hungría) y jefe del Departamento de Filosofía de la Religión en el Colegio Teológico Episcopal de Pécs (Pécs, Hungría).

Luego, destacamos de la presentación de la Dra. Eva Reyes-Gacitúa su abordaje de la cuestión de la construcción de la comunidad, desde el punto de vista filosófico steiniano. Por último, se hace hincapié en el llamado y la misión de dar testimonio, dada la relevancia que esta acción posee en las reflexiones que el Dr. Mátyás Szalay propone en consideración de la obra filosófico-teológica de la santa alemana. Cierta vinculación intrínseca puede encontrarse en las tres entrevistas: identidad, comunidad y testimonio parecen manifestarse como conceptos irreductibles e imprescindibles. Esta vinculación intrínseca se debe, a nuestro modo de ver, a la identidad de la santa, la que reluce en cada una de estas aproximaciones originales a su persona, vida y pensamiento.

La formación de la identidad: entrevista con Cecilia Giudice

Guillermo Salinas [G. S.] – Su área de especialidad en los estudios en torno a Edith Stein se enfoca en la comprensión que la santa tenía de la educación. Sin lugar a duda, hoy en día existen múltiples corrientes pedagógicas y modos de comprender la educación. En este sentido, si hay un aporte vigente de Edith en esta área, ¿cuál considera que es? Y, ¿por qué considera que permanece vigente?

Cecilia Giudice [C. G.] – Me parece que el aporte de Edith Stein a la educación, primero, es un aporte filosófico. Mencionaste recién qué me parece a mí el aporte de “la santa”. Si bien yo soy creyente, en mi trabajo filosófico no recurro a los aportes de Edith Stein en cuanto a una santa, sino a una fenomenóloga, a una investigadora, una filósofa, una pensadora, que en su época y en su tiempo, por ser mujer y por tener origen judío, a pesar de ser conversa posteriormente, yo creo que la historia no le hizo justicia para darle su lugar como pensadora. Me parece que su aporte, como decía, es desde la filosofía. Ella plantea fundamentos filosóficos y antropológicos de la pedagogía, que nos permiten entender mejor para qué educamos, es decir el sentido de la educación, y la naturaleza de la misma, que es antropológica: es decir, somos personas las que educamos y educamos a personas. Y con esto me refiero a sus reflexiones acerca de cómo podemos definir a la persona humana, que considero el gran aporte de Edith Stein, para lo cual habría que consultarla mucho.

De hecho, ella tiene varios escritos –yo trabajé mucho cuando daba clases de filosofía de la educación en esto– sobre las teorías antropológicas que subyacen a las distintas corrientes pedagógicas, que muy bien mencionás en tu pregunta, y creo que ahí hay que ir. Habría que siempre tener a mano eso que dice Edith Stein: según cómo yo entiendo y defino a la persona humana, es cómo va a ser consecuentemente mi forma de educar. Si yo entiendo que la persona es un todo integral, voy a prestar atención a las distintas partes de este todo integral y tendré una mirada abarcativa de la educación, una mirada un poco más completa, complexiva, compleja de lo que es la tarea educativa. Si para mí el ser humano, en cambio, es solamente emociones y afectividad, probablemente vaya a estar mi acento puesto en una formación afectiva y vaya a menoscabar lo intelectual o lo físico. Si yo pienso que el ser humano es un conjunto de hormonas, es un conjunto de células, tal va a ser la forma en que yo lo forme y que yo lo eduque. Si yo pienso que el ser humano solamente es intelecto, me

voy a concentrar, probablemente muchísimo, por ejemplo, en la formación en matemática, pero voy a descartar otras capacidades que tenga, incluso hasta lo físico, diría. En fin, así podría seguir eternamente, sólo pongo algunos ejemplos. Siempre es mejor recurrir a Edith Stein misma, a esos fundamentos filosóficos que ella da.

G. S. – Según uno de sus artículos acerca de la santa filósofa (Giudice, 2022), propone que la propuesta pedagógica de Edith Stein es consecuencia de su modo integral de comprender al ser humano. ¿Cuál aspecto de su antropología integral piensa usted que debería ser hoy valorado en mayor medida? Y, ¿qué aspecto de su pedagogía debería ser tenida en cuenta mayormente?

C. G. – Bueno, esta pregunta está muy en consonancia con la primera. Creo que, como decía, para Edith Stein la persona humana es un todo –y ella lo dice así textual–: «un todo que piensa, siente, quiere y obra». Por lo cual, creo que educar en estas cuatro direcciones es una consecuencia de entender al hombre así. Es esencial educar en el pensar, educar en el sentir, educar en el querer –y ahora me voy a detener en eso–, y en el obrar. En el querer y en el obrar se juega un aspecto que tal vez sería el que habría que valorar más, según mi parecer. Dice Edith Stein que la capacidad de convicción y reflexión es la que tenemos que formar las personas que formamos a personas. La capacidad de convicción, de tomar postura, y la capacidad de reflexión, de pensar por uno mismo. Y estas capacidades son las que tienen su centro en este aspecto de la persona humana que es al cual yo me dedico a estudiar, que en alemán se nombra con el término *das Gemüt*, pero que a veces se traduce como «el corazón». El problema es que cuando nos referimos al «corazón», a veces lo asociamos con la sensibilidad más superficial, o el estado de ánimo, o el sentir. Edith Stein, en realidad, con *das Gemüt* se refiere al centro o al núcleo de la persona, desde donde se desarrolla la personalidad. Por lo cual, me parece que esta formación integral de la persona a lo que apunta es a despertar o desplegar, o, mejor dicho, a ayudar o favorecer este despertar y este desplegarse del otro que es educado; se trata nada más y nada menos que de su propia personalidad y de quien más profundamente es. Por lo cual creo que sí, habría que acentuar estos distintos aspectos, y por ahí no acentuar de más ninguno, sino tratar de mantener el equilibrio. No descartar ningún aspecto de la persona, que todo tenga lugar en el plan educativo y en la forma de formar. Que todo tenga un espacio. Pero, especialmente, que lo que más tenga un espacio sea quién el otro es. Y esto se desarrolla en la medida en que uno va tomando decisiones. En la medida que la persona va pudiendo tomar decisiones propias, personales, desde sus propias convicciones, y desde su capacidad de valorar y decir qué es lo que cree que es mejor y qué es lo valioso, así se está formando la personalidad. Y así nos aseguramos de que existan personas únicas, que nunca se van a repetir.

G. S. – En otro de sus trabajos (Giudice, 2018), hace referencia a que la formación integral de la persona humana conlleva una formación de la interioridad. ¿Cómo puede realizarse una formación de la interioridad según la perspectiva de Edith? A su modo de ver, ¿cómo puede ser esto llevado a cabo en el mundo actual?

C. G. – Muy interesante esta pregunta. Y creo que es el punto central. Bueno, primero, Edith Stein insiste mucho en que todo educador está tratando con seres libres y con la libertad propia del otro. Lo que educamos es la libertad del otro. Y para eso se

necesita muchísimo respeto, porque el dueño de la libertad siempre es el otro. Así como el dueño de mi propia libertad soy yo, el dueño de tu propia libertad sos vos, y así cada uno. Entonces, en la tarea educativa tengo un acceso a la interioridad del otro, por lo que el primer requisito es tener mucho respeto. Y saber que, por más que yo sea un excelente educador o un pésimo educador –no importa–, el que decide o no decide si abrirse o no abrirse, o poner en práctica eso que yo le voy a dar, es siempre el otro. No tengo ninguna influencia en eso. La formación es siempre formación de autoformación. Esto quiere decir que el educando mismo, la persona que es educada, es la dueña de esa formación, porque es la que en última instancia decide en qué medida le afecta. Esto en rasgos generales. Pero creo que es muy importante el otro aspecto, el de la interioridad. Para poder formar una interioridad, Edith Stein dice que es muy relevante y necesario que el educador mismo tenga una vida interior, y tenga una propia interioridad trabajada, que tenga espacios en su vida para la reflexión, que tenga convicciones. Esto es lo que decía anteriormente. Si estamos queriendo formar en otros la capacidad de convicción y reflexión, es esencial y es fundamental tenerla uno como educador. Y esto no quiere decir que voy a hacer que las personas que me son confiadas para su formación vayan a tener mis mismas convicciones y vayan a «hacer» ellos mismos mis mismas reflexiones. No, porque, como decíamos, cada uno es libre. No existe o es casi imposible, según la mirada de Edith Stein –y yo coincido completamente–, acceder o despertar la interioridad de otro, si yo no lo hago desde mi propia interioridad. Y si yo no hablo desde estas convicciones, y si yo no hablo desde el respeto al otro, porque todo eso se transmite y todo eso llega de esa manera.

Me parece que eso sería un rasgo fundamental, trabajar en uno mismo la propia interioridad. ¿Cómo se hace esto? Hoy en día, por suerte, a pesar de todos los desafíos que tenemos como humanidad en el tiempo actual, me parece que se da un reconocimiento y una valoración de la vida interior. Ya sea desde la fe, desde la espiritualidad, desde la meditación –por ejemplo–, desde distintas formas que tenemos los seres humanos de volver a lo que nos hace humanos, de volver a nuestro centro interior, de “protegerlos” de tantos estímulos –como la inteligencia artificial, que, si nos descuidamos un poco, termina pensando por nosotros, termina dirigiéndonos, y terminamos olvidando que somos nosotros los que somos libres–. Entonces, creo que, así como están esas herramientas tan valiosas, también está, como contrapeso, una especie de invitación fuerte actual a trabajar en el centro interior, a volver a quienes somos. Y cuidar el corazón, el espacio de cada uno, con los recursos que cada uno tenga a mano, con lo que le parezca más valioso. A veces hablamos de formación de la interioridad y parece que nos queda súper lejos, o pensamos que sólo es posible en un monasterio –donde la vida interior tiene un lugar preponderante–. Sin embargo, eso le hace bien a todo ser humano, en todo contexto, en todo momento. El ser dueño de uno mismo y ayudar a otro a ser dueño de sí mismo es lo mejor que podemos hacer, me parece a mí, en el ámbito de la educación, que es una herramienta valiosísima que se nos confía.

G. S. – Por último, deseamos preguntarle, ¿qué significado cree usted que tiene la figura de Edith Stein de cara al mundo contemporáneo? Y para usted, ¿qué significado tiene la figura de Edith Stein?

C. G. – Llevo muchos años trabajando el pensamiento de Edith Stein y, aquí, desde Alemania, también muy conectada con sus raíces, con su cultura, a sus lugares. En este lugar donde ahora vivo, Friburgo, ella estudió, estuvo 2 o 3 años, pero también he estado en otras ciudades donde ella permaneció más tiempo: Münster, donde ejerció la docencia; Colonia, donde se consagró a Dios como carmelita; Auschwitz, donde dio su vida en un campo de concentración. Haber estado personalmente en esos lugares es una forma muy privilegiada de conectarse con la autora, y también un regalo que uno recibe, que se convierte en una tarea. «Todo don es tarea», dice Juan Pablo II, y yo siento que he recibido mucho al ponerme en contacto con las realidades de vida de Edith Stein. Por eso puedo decir que eso me permitió conocerla más. No sólo trabajo su pensamiento, sino también su persona, su historia. Y como toda persona, es inagotable. Cada uno de nosotros somos inagotables, somos siempre un misterio. Pero me parece que, a medida que voy avanzando en ese conocimiento, más me impacta su vida. Fue una vida valiosa la de Edith Stein. Es una persona valiosa, y tiene un pensamiento valioso y claro. Recomiendo leer sus cartas, que están traducidas al español, para que entiendan por qué lo digo, porque un autor no es solamente lo que escribe –en filosofía por lo menos–. No es solamente lo que pensó, sino también lo que vivió, y por suerte de Edith Stein tenemos mucho legado. Su filosofía la llevó a su vida y su vida la llevó a su filosofía.

Y algo que a mí me parece lo más lindo que tiene, es que ella entregó su vida y que fue coherente. Me parece que esas son dos cosas difíciles para una persona, pero que hacen que valga la pena la vida. Por lo que yo vi, de lo que recibo, de lo que hay disponible sobre ella, pienso que a Edith Stein le hubiese costado tanto pensar una cosa y no realizarla. No me lo puedo imaginar. Eso le traía muchos dolores de cabeza, realmente, pero a la vez, la llevó justamente a esto, a entregar su vida en un campo de concentración, en plena guerra, y no «perder la cabeza», no perder su centro. No sé si todos podríamos imitar eso, pero sí creo que eso que vemos en ella hace que tenga sentido todo lo que acabo de decir. Porque ella fue una persona que estuvo en contacto con su interioridad, que tuvo convicción, que tenía reflexión –y no me refiero a lo que la fe le regaló, sino que esas eran cualidades de su personalidad– y eso la llevó a decidir, en un contexto tan hostil, hacer algo valioso con su vida. A ofrecerlo a Dios, ofrecerlo por su pueblo judío que estaba sufriendo. Pienso en el final de su vida. Ese final no se improvisa, y esa capacidad de entrega también se va formando. Me parece que eso ella lo vivió, lo transitó y nos lo enseña hoy, nos lo muestra hoy, que tantas veces estamos cada uno aislados o encerrados en nuestros propios problemas, o en los problemas del mundo, y eso no nos invita o no nos convoca a hacer algo más allá.

En eso su figura es elocuente. Su pensamiento brillante se completa con una vida desde la entrega, con una vida que de a poco fue haciéndose don para los demás, para Dios, para el mundo. Ella tenía una gran conciencia, además, del contexto histórico en el que vivía, de las guerras que había, del escenario político, del rol de la mujer, entre tantas cosas. No vivía «encerrada», vivía completamente conectada a la alteridad, es decir, a la realidad, a los otros, a Dios y al mundo, como mencionaba antes. Ella estaba completamente ahí, presente. Creo que su persona reúne un montón de elementos

que hoy en día nos pueden ayudar en lo personal, si los trabajamos. ¡Esta mujer del siglo pasado tiene mucho para decirnos sobre tantos temas actuales!

La construcción de la comunidad: entrevista con Eva Reyes-Gacitúa

Guillermo Salinas [G. S.] – Vivimos en un mundo que experimenta, en distintos ámbitos, las rupturas de los vínculos sociales. El tejido social parece ser vulnerado en múltiples ocasiones y de variadas formas. Una de sus investigaciones colaborativas en torno al pensamiento de Edith Stein ha tenido este tema como motivo de reflexión (Chávez Aguilar, Stiven & Reyes-Gacitúa, 2023). ¿Cuál considera usted que es el gran aporte de Edith Stein para la reconstrucción de los vínculos sociales en este siglo?

Eva Reyes-Gacitúa [E. R.-G.] – Publicamos un trabajo significativo junto a dos filósofas, María Teresa Stiven y Pamela Chávez, de la Universidad Católica de Chile, en el marco de una investigación titulada *Empatía: la propuesta de Edith Stein para un nuevo vínculo social* (Chávez Aguilar, Stiven & Reyes-Gacitúa, 2023). En este estudio, nos propusimos releer la reflexión filosófica de Edith Stein con el propósito de pensar las condiciones de posibilidad de un nuevo vínculo social, en diálogo con la noción de empatía. Conviene recordar que la tesis doctoral de Edith Stein, escrita en 1917 bajo la dirección de Edmund Husserl, se tituló precisamente *El problema de la empatía*. En ella, Stein otorga a la empatía un lugar central en la comprensión del sujeto humano. La define como una aprehensión de las vivencias ajenas, lo que permite no solo el reconocimiento de la alteridad, sino también la constitución intersubjetiva del mundo y de la persona en él. Desde esta perspectiva, la empatía constituye una clave filosófica y existencial para repensar los vínculos humanos en contextos de ruptura del tejido social. Fue esta hebra, la de la empatía como experiencia originaria del encuentro con el otro, la que nos permitió articular nuestra investigación en torno a la vivencia y la convivencia, como dimensiones fundamentales para la reconstrucción de los lazos comunitarios en nuestro tiempo.

En ese momento, en Chile estábamos atravesando un proceso complejo, marcado por una profunda fractura de los vínculos sociales. Fue el período que dio lugar al movimiento conocido como «Chile despertó», cuando la ciudadanía salió masivamente a las calles para expresar su descontento frente a las múltiples dimensiones del orden establecido. Sin embargo, junto con la legítima manifestación de demandas sociales, se desató también una ola de desorden y violencia que estremeció al país. El nivel de confrontación y ruptura fue tal, que nos vimos todos –como sociedad– profundamente sobrecogidos. La conmoción no fue solo local: desde América Latina y también desde Europa llegaron múltiples reacciones y preguntas frente a lo que ocurría en Chile, un país que, hasta ese momento, había sido percibido –con todas las tensiones propias de la región– como relativamente estable en términos económicos y políticos. Lo que se reveló entonces fue una forma aguda de fragmentación, que obligó a repensar las bases mismas del tejido social.

Frente a este escenario, nosotras –tres académicas, tres mujeres, lo que también constituye un rasgo significativo de nuestro trabajo– decidimos volver al pensamiento de Edith Stein para reflexionar sobre los vínculos sociales. Nos parecía fundamental

revisar cómo estos vínculos, entrelazados con la noción de empatía, permiten comprender la estructura básica del ser humano como esencialmente abierta al otro. Esta apertura no es circunstancial, sino constitutiva: el ser humano está estructuralmente orientado hacia la alteridad y, por ende, vinculado a una comunidad que lo trasciende. El ser humano no es pura subjetividad ni mera individualidad; es, desde su origen, un ser en relación. Por ello, las relaciones que hoy vivimos –atravesadas por crisis políticas, fragmentación cultural y la lógica contemporánea del rendimiento individual, que fomenta la competitividad y, en muchos casos, la envidia– exigen de nosotros una respuesta ética y existencial. En este contexto, reconocimos en la propuesta de Edith Stein una antropología relacional que rescata la dignidad del encuentro. Este fue, para nosotras, un eje estructurante del trabajo: afirmar que el sujeto humano no puede constituirse en aislamiento. Esta convicción está presente desde los fundamentos de la tradición cristiana: el ser humano es creado por Dios, pero no para la soledad. La comunión es su condición originaria. Desde allí, la noción steiniana de empatía originaria ofrece una vía para acceder a la interioridad del otro sin reducirlo ni apropiárselo. Esta experiencia empática nos permitió pensar no solo en el fundamento de una convivencia genuina, sino también en las condiciones de posibilidad para una reconstrucción social basada en la comprensión mutua.

Por ello, nuestra investigación planteó que los vínculos sociales no pueden imponerse desde el exterior ni diseñarse exclusivamente a partir de estructuras formales. En realidad, deben crecer desde un tejido espiritual, desde una interioridad compartida que posibilite una verdadera comunión entre las personas. En este punto, me parece que hay un acento particularmente relevante en el pensamiento de Edith Stein, pues ella nos recuerda que cada persona está llamada a ser reconocida como portadora de un sentido y una dignidad irreductibles. Solo desde esta base es posible aspirar a la reconstrucción de un tejido social herido. Cuando ese tejido está fracturado, no basta con intervenciones funcionales: se requiere una regeneración que parta de la profundidad del ser. En este sentido, el aporte de Edith Stein reside en recordarnos que la empatía y los vínculos no deben concebirse únicamente como medios para alcanzar determinados fines, sino que son fines en sí mismos. Constituyen expresiones esenciales de la vocación espiritual inscrita en el ser humano desde su origen, y es esa vocación la que lo eleva hacia su plenitud.

G. S. – Para la filósofa, la comunidad gozaba de gran relevancia en orden a una vida íntegra de los individuos. Hoy, parece que las comunidades pierden valor a costa de ciertas tendencias individualistas. ¿Por qué cree usted que Stein hacía tanto hincapié en el concepto de comunidad? ¿Cómo puede este concepto sernos útil hoy en día?

E. R.-G. – Bueno, yo aquí he pensado que Stein comprende la comunidad ella, no como una simple agregación de individuos, sino como una unidad viva. Y ella lo indica así, es una unidad viva. E incluso cuando hace su conferencia o su reflexión sobre el tema del

Bueno, Edith Stein entiende la comunidad como «unidad viva», esto quiere decir que no es una «masa». Así lo expresa ella misma: la comunidad es una realidad viva, orgánica, que se diferencia esencialmente de la masa. Esta distinción es clave en su pensamiento, especialmente cuando aborda el tema del Estado y los fundamentos de

la vida social. En sus reflexiones, subraya que la comunidad está compuesta por personas que comparten un sentido de pertenencia y un destino común, mientras que la masa representa más bien una aglomeración sin conciencia compartida ni orientación ética. Estos conceptos, formulados hace casi un siglo, siguen teniendo una vigencia sorprendente y se vinculan directamente con nuestras preocupaciones políticas actuales: ¿cómo distinguir entre una masa manipulable y una comunidad auténticamente viva y solidaria? En la comunidad viva, señala Stein, se produce un encuentro profundo entre las personas, donde cada una puede desarrollarse en plenitud gracias a relaciones significativas que trascienden lo meramente funcional. Es importante recordar que esta visión de la comunidad no proviene únicamente de su formación filosófica, sino también de su experiencia vital. Edith Stein vivió entre las dos guerras mundiales, en un contexto de quiebre civilizatorio que marcó profundamente su pensamiento. Durante la Primera Guerra Mundial, se ofreció como enfermera voluntaria para asistir a los heridos en el frente, lo que le permitió entrar en contacto directo con el sufrimiento humano. Décadas más tarde, en 1942, fue arrestada por la Gestapo y deportada a Auschwitz junto a su hermana Rosa, donde ambas fueron asesinadas. Su propia biografía es testimonio de una vida atravesada por la violencia política, el exilio, la persecución y, al mismo tiempo, por una profunda vocación de servicio y comunión. Por todo ello, el concepto de comunidad en Stein está cargado de densidad existencial. No se trata de una construcción teórica aislada, sino de una convicción encarnada: el ser humano solo puede realizarse plenamente en el marco de relaciones humanas profundas, marcadas por la pertenencia, la responsabilidad mutua y la solidaridad. En el presente, este enfoque nos interpela con fuerza, especialmente cuando las comunidades –familiares, políticas, educativas o asociativas– se ven debilitadas por el individualismo y la lógica del rendimiento. Reconstruir el tejido comunitario desde vínculos significativos se convierte, en este contexto, en una tarea urgente.

Como señalaba anteriormente, Edith Stein distingue cuidadosamente entre lo que constituye una masa, una comunidad y una asociación de individuos. Solo la comunidad –según su pensamiento– permite vivir una auténtica intersubjetividad, en la medida en que no está fundada en relaciones de interés ni de mera utilidad. En ella se expresa una donación mutua genuina, una entrega recíproca que trasciende el cálculo funcional. Por esta razón, la comunidad auténtica no suprime a la persona ni la diluye, sino que, por el contrario, la integra, la potencia y la enriquece. Lo hace al insertarla en una totalidad más amplia, una visión englobante en la que cada sujeto puede desarrollarse en fidelidad a su vocación más profunda. La comunidad, en este sentido, no es solo el contexto donde acontece la vida personal, sino la condición misma de su posibilidad. En tiempos marcados por la guerra –como aquellos que vivió Stein–, pero también en el presente, estas categorías filosóficas conservan una sorprendente actualidad. Hoy, por ejemplo, podemos observar fenómenos como el narcisismo digital, que se expresa en una aparente hiperconectividad: la práctica constante del *scrolling* en redes sociales ofrece la ilusión de cercanía, pero muchas veces encubre un profundo aislamiento afectivo.

Esta desconexión, que no es solamente individual sino también colectiva, revela una pérdida de sentido que nos interpela hondamente. Frente a ello, el concepto steiniano de comunidad se vuelve no solo pertinente, sino vital. Es una noción que nos ilumina y nos orienta hacia la recuperación de aquellas raíces relacionales que nos devuelven a lo más propiamente humano. La humanidad se realiza cuando somos seres en relación, y esto es lo que Edith Stein nos recuerda con profundidad, no solo a nivel afectivo o psicológico, sino también espiritual.

Por ello, el concepto de comunidad en el pensamiento de Edith Stein se presenta como el espacio donde la interioridad puede abrirse sin disolverse, y donde la persona participa en una vida común sin renunciar a su singularidad. A diferencia de la masa –que, según ella, reduce a los individuos a una indistinción en la que "nadie es verdaderamente alguien"–, la comunidad sostiene la diferencia personal, la respeta y la hace fructificar. La masa diluye al sujeto, lo disuelve en un anonimato colectivo; en cambio, la comunidad acoge la individualidad y la convierte en parte de una totalidad viva. En este sentido, la comunidad no es solo un refugio frente al individualismo contemporáneo, sino también una verdadera escuela de libertad y de verdad compartida. Por estas razones, los elementos que Stein pone en juego resultan especialmente significativos hoy. En un contexto marcado por la hiperconectividad digital, paradójicamente nos sentimos más aislados que nunca. Vivimos una soledad que no es únicamente exterior, sino existencial; avanzamos, pero muchas veces nos percibimos desamparados. Hay, además, un olvido de sí mismo que no es humildad, sino pérdida del centro vital, acompañado de una carencia profunda de afecto y pertenencia. En este horizonte, la propuesta steiniana adquiere una fuerza particular: nos invita a recuperar el sentido profundo del estar en relación, del vínculo, de la comunidad como lugar de crecimiento, de cuidado y de construcción de sentido compartido. Se trata, en el fondo, de una co-construcción de humanidad, que nos llama a pensar con radicalidad, pero también con esperanza.

G. S. – En otro de sus estudios en torno a la santa filósofa (Reyes-Gacitúa, 2021), usted se ha abocado a los escritos en que la santa ha explicitado la comprensión que ella poseía de lo que significa ser mujer. La misma Edith se consideró a sí misma feminista en su juventud y, luego, abogó por el voto femenino y la igualdad política de derechos para la mujer en Alemania. ¿Qué aporte de la santa piensa usted que merece ser subrayado en esta área? ¿En qué sentido su pensamiento puede ser iluminador para el futuro?

E. R.-G. – Esta es una pregunta que me fascina, porque en los estudios que he realizado, principalmente en torno a Edith Stein, me he centrado en el tema de la mujer. Ella escribió un texto titulado *La mujer*, de carácter profundamente filosófico y estrechamente entrelazado con su propia vida, con la trayectoria de quien fue esta filósofa y fenomenóloga brillante. Quisiera destacar aquí que uno de sus aportes más relevantes en este ámbito es su capacidad para desarrollar una visión de la mujer que, al mismo tiempo, es profunda en su fundamento antropológico y matizada en su expresión, es decir, una comprensión de la identidad femenina que escapa a los reduccionismos y se abre a su complejidad y riqueza.

Edith Stein nos interpela constantemente con preguntas en torno a lo que significa ser mujer. De hecho, en uno de sus textos comienza preguntándose: “¿Y qué es ser mujer?”. Esa pregunta, lejos de estar superada, sigue siendo profundamente vigente; nos la seguimos formulando hoy, en un contexto que continúa debatiéndose entre múltiples enfoques. Stein no reduce la identidad femenina ni a roles sociales ni a funciones biológicas, y en esto me parece imprescindible subrayar cuán contemporáneo resulta su pensamiento, tanto sobre la mujer como sobre lo femenino. Aunque estos conceptos podrían distinguirse, aquí me permito tratarlos de manera conjunta, siguiendo el hilo de su reflexión. Stein afirma que la mujer se configura desde una perspectiva antropológica integral. Por ello, al hablar de la mujer, su punto de partida es siempre la persona humana. Desde esa base, y como filósofa cristiana, piensa al ser humano en su totalidad, en su ser varón y en su ser mujer. En sus conferencias dedicadas al tema, subraya con énfasis la unidad del ser humano, concebido en esta doble dimensión sexuada, pero sin escindirlo. Ahora bien, junto con afirmar esta unidad, Edith Stein reconoce también una estructura espiritual propia en la mujer. Esta se expresa, según ella, en una especial disposición hacia la relación, el cuidado y la interioridad. Lo notable es que esta diferencia no es planteada en términos jerárquicos, sino como una reciprocidad ontológica. Es decir, hay una diferencia reconocida, pero orientada al encuentro, no a la oposición. En este sentido, Stein nos invita a volver la mirada hacia una comprensión estructural y espiritual de lo femenino, donde se reconoce una apertura singular de la mujer, una vocación al vínculo, al cuidado del otro y a una vida interior fecunda.

Desde una perspectiva histórica, es importante recordar –y aquí volvemos a unir su pensamiento con su vida– que Edith Stein fue una voz lúcida y crítica en su tiempo, como bien señalabas tú, Guillermo, en la pregunta anterior. Supo vincularse activamente a la lucha por los derechos civiles de las mujeres, pero desde una mirada que, siendo a la vez filosófica, era profundamente espiritual. Una mirada que, sin negar la diferencia sexual, buscaba integrar con profundidad y sentido. Hoy sabemos que el feminismo no es unívoco; existen múltiples corrientes, enfoques y trayectorias. En este amplio espectro de lo que se entiende por lo femenino y por el feminismo, me permito –desde una reflexión personal– afirmar que Edith Stein representa de manera clara un feminismo de la diferencia. Si bien existen también feminismos de la igualdad y muchas otras variantes, en su caso se observa una afirmación nítida de la diferencia sexual: la existencia del ser varón y del ser mujer no se niega ni se diluye, sino que se reconoce como parte de una vocación humana compartida. Su pensamiento no propone una subordinación, sino una integración de esa diferencia dentro de un horizonte relacional y trascendente, donde la dignidad y la complementariedad se articulan como claves para pensar lo humano.

El pensamiento de Edith Stein puede resultar especialmente iluminador para el futuro, precisamente porque logra evitar tanto el esencialismo rígido –esa afirmación categórica que define a la mujer como «esto o aquello» de forma inmutable– como el constructivismo absoluto, que postula que la identidad se reduce a lo que cada uno va construyendo de sí mismo, sin anclaje alguno. La originalidad de su antropología femenina radica en que parte de una experiencia encarnada, profundamente situada,

pero al mismo tiempo abierta a la trascendencia. Stein no teme afirmar la especificidad femenina; habla de lo específicamente femenino. Pero no absolutiza sus rasgos. Para ella, lo verdaderamente femenino no se reduce a un conjunto de características fijas o predeterminadas, sino que se configura como una forma de apertura eminentemente espiritual, susceptible de moldearse en la historia y de enriquecerse en la relación con Dios, con el mundo y con los otros. Por eso, la reflexión sobre la mujer en su pensamiento irradia una forma propia de humanidad, no porque se encierre en un modelo ideal, sino porque concibe el ser mujer como una llamada a la plenitud. En este sentido, la identidad femenina en Edith Stein puede ser pensada como una tensión fecunda entre vocación y experiencia histórica: una identidad en movimiento, en crecimiento, sostenida por la libertad y orientada hacia el sentido.

G. S. – Por último, deseamos preguntarle, ¿qué significado cree usted que tiene la figura de Edith Stein de cara al mundo contemporáneo? Y para usted, ¿qué significado tiene la figura de Edith Stein?

E. R.-G. – Bonita pregunta. Creo que la figura de Edith Stein representa una síntesis profundamente significativa entre razón y fe, entre cultura y espiritualidad, entre pensamiento riguroso y experiencia mística. Ella habita ese espacio de confluencia; transita, vive y se compromete tanto con una vida intelectual exigente como con una realidad histórica concreta. El tema de la mujer, por ejemplo, lo encarna desde su propia biografía. Luchó para que las mujeres tuvieran acceso real al mundo laboral e intelectual, un acceso que a ella misma le fue negado. Basta recordar que postuló en reiteradas ocasiones a distintas universidades para obtener una cátedra, y fue rechazada únicamente por el hecho de ser mujer. Ese dato, que puede parecer anecdótico, revela una dimensión muy profunda de su compromiso: el entrelazamiento entre pensamiento y vida. Este vínculo entre vida intelectual y compromiso histórico constituye, a mi juicio, uno de los legados más potentes de Edith Stein. En una época como la nuestra, en la que con frecuencia se fragmenta la identidad humana o se disocia el conocimiento de la interioridad, su figura nos recuerda que la búsqueda de la verdad exige una integridad de vida. No basta con pensar la verdad: hay que encarnarla, vivirla. Y en esto, Edith Stein no se exime. Su testimonio es de una coherencia radical: hay en ella valentía en el pensar, valentía en el actuar y valentía en el vivir. Su figura nos sigue provocando hoy, precisamente porque nos confronta con la pregunta por una verdad que no se deja separar de la vida concreta, ni de la dimensión espiritual que nos constituye como seres humanos.

En lo personal, Edith Stein ha sido para mí una maestra y una compañera de camino. Su itinerario existencial me ha permitido conocerla en profundidad, especialmente a través del trabajo colectivo que hemos desarrollado en el grupo de investigación de la Universidad Católica de Chile. Desde distintas disciplinas la hemos estudiado, abordado y pensado, y ha sido ella quien, en cierto modo, nos ha conducido a comprender que la vocación no es un plan lineal ni predecible. Por el contrario, lo que Stein nos muestra, desde su propia experiencia de vida, es la figura de una fidelidad encarnada: una fidelidad provocada por una llamada primera, por aquello que llamamos vocación. Edith Stein vivió atenta a esa llamada. Recordemos que, en sus inicios, ella se declaraba atea. Sin embargo, su vida fue un proceso profundo de búsqueda, de apertura y de

transformación. Al final de su camino, muere en Auschwitz por su pertenencia al pueblo judío, pero lo hace como Benedicta de la Cruz, su nombre como monja carmelita, compartiendo su destino con su hermana Rosa, también recluida en el Carmelo. Esta doble pertenencia –al judaísmo y al cristianismo– no es para ella una contradicción, sino una síntesis vivida en libertad y desde una vocación cristiana. Por eso su figura me interpela: no por lo heroico de su destino, sino por la hondura con que supo escuchar, responder y entregarse a la vocación que la habitaba. En tiempos marcados por la superficialidad, la rapidez, por este *scrolling* incesante y aparentemente sin fin que nos envuelve en distracciones, Edith Stein se alza como una voz capaz de hablar hondo al corazón humano, al corazón del varón y de la mujer, al corazón del místico, al corazón del ateo y al corazón del creyente.

El llamado y la misión de dar testimonio: entrevista con Mátyás Szalay

Guillermo Salinas [G. S.] – En ciertas investigaciones, usted ha estudiado el acto de «dar testimonio», al que ha caracterizado como “acto de afirmación de una verdad o de un valor” (Szalay, 2022). En primer lugar, según su propia perspectiva, ¿qué verdad o valor considera usted que prevalece en el testimonio de Edith Stein? ¿De qué modo puede ser este un aporte de la santa para el mundo en que hoy vivimos?

Mátyás Szalay [M. S.] – Bueno, quizás estas son más que dos preguntas. Mira, primero, a mí me llama mucho la atención el fenómeno de dar un testimonio. Es uno de los fenómenos interesantes, fascinantes que podría estudiar la filosofía, pero hay una cosa un poco curiosa: que estudiando este fenómeno la filosofía se estudia a sí misma, porque filosofar –y más en el sentido de Edith Stein, es decir, existencialmente– buscar la sabiduría, va junto con dar un testimonio. Es decir, la reflexión tiene que resultar en actos, inevitablemente resulta en actos.

Mira, hay una cosa que siempre me llama atención al leer a Aristóteles. Me parece que cuando Aristóteles habla de las virtudes, presupone que no sabemos qué son las virtudes. No es tan fácil actuar virtuosamente, con virtud. No es tan fácil de ver lo que es lo bueno en la situación tan compleja de nuestras comunidades. Entonces, ¿de dónde sabemos esto? ¿Qué significa concretamente actuar bien? Porque teóricamente sí lo sabemos, pero concretamente qué significa, en esta situación compleja. Pues, sabemos de las personas que nos han enseñado lo que es lo excelente. Entonces, en nuestras vidas complejas y dramáticas necesitamos personas y amigos excelentes, en camino a la santidad, con una dedicación, plena dedicación exclusiva a lo bueno, o mejor aún, con una plena dedicación a quien es bueno: a Dios. Estos amigos deben ser excelentes en hacer bien las cosas, para que nos enseñen cómo hacerlo concretamente. Entonces, Edith Stein es una persona así, una buena amiga que, más allá de su compromiso moral, ha estudiado a fondo la metafísica del ser, es decir, la estructura de la realidad y el fondo significa hasta el final, hasta lo último, hasta el último horizonte. Y ha descubierto que la estructura dinámica de la realidad es trinitaria.

Entonces su testimonio, básicamente, es un martirio, un dar la vida por la realidad que es buena, porque es trinitaria. Más concretamente, quiere decir esto que su

testimonio revela lo que es el *ethos* europeo. Revela algo de lo que es la misteriosa y dinámica unidad entre la fe y la razón, la síntesis entre las tres llamadas culturas, la judía, la griega y la latina –para dar algunas pinceladas–. Pero también, y esto me parece para subrayarlo, es un testimonio que nos invita a repensar el pensamiento como un acto comunitario. Es decir, la filosofía no es simplemente hacer reflexiones profundas y complejas, sino que es un trabajo para la comunidad que uno forma parte. Y esto resulta en el deseo profundo de acompañar nuestras comunidades hasta donde Dios requiere de nosotros. Y Edith Stein, magnífica y maravillosamente, y con la clemencia de Dios, ha podido acompañar a los suyos –los judíos– hasta las profundidades, hasta el infierno terreno. Y así, me parece a mí, que nos invita a otro tipo de filosofía, quizás no solo en el sentido de una actividad académica, sino en un sentido más amplio: una filosofía que es un acto contemplativo sobre una praxis adecuada en el servicio de nuestras comunidades. El pensamiento es en sí caritativo: es un paso previo al actuar para el bien de los demás, es reflexionar sobre la realidad que es comunitaria y como tal requiere de nosotros una entrega.

G. S. – Por otro lado, en dichos escritos ha vinculado este testimonio con la dimensión política del ser humano, incluso con la relevancia política de la filosofía. A su modo de ver, ¿cómo cree que ha contribuido la santa alemana a repensar la vida política desde ese aspecto? ¿Puede esta contribución también vincularse con la dimensión religiosa del ser humano?

M. S. – Hay grandes estudios sobre la relevancia del testimonio en el mundo político. Algunos libros los he leído con gran placer, porque en el mundo actual, también en el mundo secular, se han dado cuenta de la importancia del testimonio como un argumento político muy curioso con sus fortalezas y debilidades, con su estructura fenoménica más que fascinante. A pesar del valor de estos estudios, me gustaría señalar aquí algo diferente. Mi punto de partida no es el mundo secular con su idea de política moderna o posmoderna. Hay que partir por repensar lo que es la política. El camino habitual es definir desde la política secular lo que es la religiosidad. Y es un modo viable de proceder, pero con grandes límites. Creo que es más interesante darle la vuelta, es decir, partir del hecho de que la verdadera comunidad política es de la Iglesia. El nuevo cuerpo político que se hace desde Cristo, donde se hace política real y en sentido más profundo y más amplio, es la Iglesia. O sea, desde el evento de Cristo y el nacimiento de la Iglesia, nuestra política, nuestro modo de organizar nuestras comunidades, es lo que forma básicamente, según nuestra fe, la historia de la humanidad.

Eso veo que puede ser extraño a mucha gente, entonces, déjame dar un ejemplo. Hay políticas, decisiones políticas muy radicales. Argentina ha vivido algunas épocas muy turbulentas –para no entrar en detalles–. Pero, ningún acto político, me parece a mí, es tan radical como lo que hacemos en cada misa. Extendemos la mano a cualquiera y decimos: «la paz contigo». Yo te considero hermano mío. Este gesto es impresionante. El otro podría ser de la otra bandera política, del otro lado cultural y socialmente. Podría pensar cosas absolutamente diferentes, y probablemente lo haga. Y si está dentro de la Iglesia, todavía más probablemente piensa de manera diferente a nosotros. Yo he vivido en mi juventud en un monasterio benedictino, y no he visto

diferencias tan grandes como las que hay entre los monjes que se levantan, cenan y se acuestan a la misma hora, llevan la misma ropa... y su fe se articula según el mismo *ethos* y espiritualidad. Claro que después de muchos años estando juntos –cuando envejecen y ya no tienen más pelos– se parecen más. Pero en cuanto a vivir su vocación son más libres y por ende radicalmente diferentes. No he visto en otros lugares diferencias tan abismales. Entonces, dentro de la Iglesia, precisamente por su unidad es el lugar donde viven las diferencias más radicales. De ahí la apertura a acoger al otro como hermano.

Volviendo al punto. Si nosotros hacemos política, entonces el testimonio es nuestra política. Dar un testimonio es precisamente lo que hace la Iglesia y en cierto sentido no tenemos una propuesta política más allá de dar un testimonio. Tenemos partidos políticos que son más o menos cristianos, algunos que se nombran cristianos y son menos y otros que no se nombran cristianos y todavía –gracias a Dios y sus milagros– actúan más cristianamente. Pero nuestra política es algo tan sencillo como que la Iglesia es lo que la Iglesia debe ser. Si es esta, ya tiene su política y da testimonio de cómo convivir como hermanos. Y si lo hace, produce santos. Y si produce santos, los santos mueven el horizonte hacia otro mundo, el Reino de Dios. Amplían la posibilidad de actuar, de pensar, de extender la mano y hacer nuevas políticas más allá de las fantasías seculares, más allá del conservadurismo y del progresismo. La santidad es más radical. Así la Iglesia es sal de la tierra. Nuestra política, por lo tanto, es testimonial. Y si no es testimonial, sino un ideario, un proyecto político, somos hipócritas.

G. S. – Muy interesante propuesta. Incluso, retomando lo que mencionaba en la primera de sus respuestas, el ejemplo de Edith Stein sería un ejemplo que ha logrado interactuar con el diálogo en su tiempo, pero también, como decía, su ejemplo iba más allá y daba testimonio con ambas partes, ¿no?

M. S. – Ella era políticamente muy activa. Señalaba lo que entonces una buena alma debía señalar, es decir, lo que es la ideología, que el nazismo es peligroso, que no deberíamos jamás ir en esta dirección, ni a la otra: la del comunismo. Ella intentaba concretamente aclarar asuntos claves de su tiempo, como lo que es la relación entre *Gemeinschaft* [comunidad], *Gesellschaft* [sociedad], *Volk* [pueblo]. Lo que es el pueblo, lo que es la comunidad.

¿Qué significa comunidad cuando algunos poderes políticos intentan redefinir esto? Es un trabajo filosófico, o sea, hay una preocupación intelectual, una lucha por la verdad y una tarea que enfrentar. Eso ya es testimonio. Su acto final, su sacrificio parece otra cosa, pero está orgánicamente conectado. Basado en su reflexión, la elaboración de los motivos del sacrificio, su acto final revela para nosotros el *ethos* de ser europeos después de la guerra: revela una posibilidad como real y consumida de una amplia solidaridad entre judíos y no judíos, revela un cristianismo nuevo donde el judaísmo –como lo es de hecho– está a las raíces del cristianismo. Es decir, son nuestros primeros hermanos. Claro, pero ¿quién define esto? Unos veinte años después del acto de Edith Stein, la Iglesia misma lo definió en *Nostra Aetate* (de 1965). Pero faltaba un acto heroico. Faltaba alguien que dijera «yo soy judío y soy cristiano y, como soy cristiano, no puedo dejar a mi pueblo sin estar acompañado, y mi pueblo son

los judíos». Su razonamiento es impresionante. Sabemos que ella habría podido escapar, pero no lo ha hecho, tenía la ocasión tanto ella como su hermana. Y por qué redefine un modo nuevo de pensar sobre la solidaridad, una solidaridad sin fronteras, una solidaridad sin prejuicios, lo que es *Nächstenliebe* [«caridad», «amar al prójimo»]. Este acto es políticamente relevante, es un nuevo inicio para una política nueva. Pero claro, hacía falta el estudio profundo, minucioso, sistemático, que ella ha hecho antes sobre la formación de la comunidad y su relación con el Estado, como también sobre la libertad y la gracia.

G. S. – En uno de sus recientes artículos, usted vincula el pensamiento de Edith Stein al del filósofo contemporáneo Byung-Chul Han (Szalay, 2024). Allí, hace referencia al desarrollo de la persona humana y de la comunidad humana en nuestra época. En una era tan compleja como la nuestra, que experimenta crisis en diferentes dimensiones de la vida, ¿cuál piensa usted que es el concepto con el que Edith Stein puede iluminarnos para nuestro desarrollo como individuos y comunidades humanas?

M. S. – El concepto quizás que más me llamó la atención –y no estoy seguro de que sea el concepto más relevante–... Si me permites un dato personal, tengo cuatro hijos, pero aquí la diócesis de Pécs me encomendó una institución donde hay cincuenta y cinco jóvenes. Son jóvenes universitarios, así que tengo una gran familia, se puede decir. Y vi un poco, en las conversaciones que tenemos *tête-à-tête*, donde está su lucha. Dejando su familia y metiéndose en la vida universitaria, formándose para una vida adulta con responsabilidades, su lucha es la de definir quiénes son, y veo que es muy difícil hoy en día esto.

El filósofo coreano [Byung-Chul Han] me ha abierto un poco los ojos para ver las razones filosóficas por las que es tan difícil esto. Byung-Chul Han nos señala una cosa –y eso me parece pertinente–. Dice que el concepto de la subjetividad es un concepto que ya es obsoleto. La subjetividad, el *sub-iectum*, es un concepto de la modernidad, y veo que, por eso, es tan difícil la lucha. Porque el sujeto, el *sub-iectum*, que está subyacente, que tiene que subyacerse, es decir, bajar frente a alguna autoridad, ya no existe. Pensando en los jóvenes y su lucha existencial, me parece acertado señalar que, su lucha no es la de emanciparse frente a las autoridades, formando *self*, destruyendo las autoridades y reclamando su autonomía frente a algo les amenaza con represión y les disciplina con rigor. No es así y, si fuera así, sería mucho más fácil.

Su desafío es diferente por el hecho de que «el comisario» está ahí adentro. Este es uno de los grandes descubrimientos del filósofo coreano. Dice que la sociedad posliberal, con su mercado virtual basado en el *Big Data*, nos conoce desde dentro mejor que cualquier institución estatal del pasado. No nos quiere reprimir desde fuera. Es difícil identificarse con el *Big Brother*. No son autoridades concretas, sino que conoce nuestros deseos, y con una información de nosotros que jamás tuvo un régimen político, incluso forma los deseos. Y tiene acceso a nosotros a través de nuestros teléfonos móviles y nuestra presencia en el mundo virtual y en el mundo industrial virtualizado. Nos conoce desde dentro y nos invita a una cosa –que él [Han] llama, y me parece más adecuado que auto-regulación o autoeducación– que es la «auto-optimización». Nosotros somos *the trainer*, los entrenadores personales de nosotros mismos, somos la autoridad feroz para nosotros mismos. Y esta autoridad no

tiene límites, no tiene clemencia, es lo más cruel que hemos conocido. Porque nos manipula desde dentro. Es decir, al contrario de la autoridad estatal y sus instituciones con su propia disciplina y represión, en esta lucha perpetua, no hay donde esconderse, y por eso terminamos frustrándonos continuamente, con un *burn out*, con menos que la ilusión de la libertad dejando absolutamente la motivación.

Es en este contexto que Edith Stein tiene algo para decirnos. Algo que es incluso para mí, si me permites, muy sorprendente. Aunque reconoce el desarrollo cultural de la persona humana y la influencia social, afirma que la persona tiene una estructura que es esencial y metafísicamente así, porque tiene sus raíces en la relación con Dios. A su vez señala que el cristianismo ha ayudado a descubrir esta estructura y a encontrar expresiones para describir y analizar su dinámica. Ella sigue los pasos gigantescos de santa Teresa de Ávila, la teóloga que, a partir de la experiencia mística y del acompañamiento de sus hermanas, ha abierto nuestra alma en su estructura y que da la primera descripción detallada de la estructura del alma, fundando así una nueva ciencia. San Agustín y Santa Teresa son las grandes personas sin las cuales no podríamos jamás hablar de la ciencia de la psicología.

Entonces, ella sigue estos pasos de santa Teresa y de san Agustín en el fondo, y descubre que la persona tiene un *Kern*, un núcleo. Y en este núcleo, que no es una cosa cerrada, no es un Yo definido, y menos un Yo definido por mí mismo, sino más bien una relación, una relación con una realidad trinitaria. Y toda aquella enorme presión hacia la optimización del Yo, de la que aparentemente no se puede escapar y que nos vuelve inseguros, y que termina en la fragmentación del Yo mismo, que vivimos día tras día, donde no hay una unidad, se abre una salida. En esta relación dinámica con la Trinidad renace el yo-mismo, descubriendo el núcleo de sí mismo y descubriendo que en este núcleo hay una relación más profunda que cualquiera otra relación que tenemos con el mundo, incluso con nosotros mismos. A su vez descubre que en esta relación hay una afirmación incondicional a mí mismo, más allá de mi afirmación dudosa de mi yo fragmentado, frágil y tan expuesto a errores y pecados. Esta afirmación incondicional no solo tiene una dinámica, sino que es la dinámica del desarrollo del yo. Y la dinámica es un llamamiento, un llamarnos fuera del mundo y, por ende, una exclamación que es a su vez inseparable de una misión, una in-vocación. La vocación de cada uno, tan radicalmente personal, tan incomparablemente singular, paradójicamente, tiene la misma dinámica de llamamiento y una misión, y, por tanto, se puede entender como vocación del todo humano. Y el llamamiento, que nos llama fuera de este mundo y fuera de todos estos contextos y relaciones de presión y represión, nos manda rejuvenecidos, restaurados, reafirmados, hacia el mundo y el contexto único donde hay que servir.

Déjame darte la conclusión que es sorprendente. La restauración del Yo fragmentado, observado, reprimido desde dentro, el Yo en su lucha fatal de optimización, es sólo posible a través de la experiencia mística: del unirse del alma con Dios. La experiencia que descubre, como técnica, como método, santa Teresa de Ávila. No como algo que le pasa a poca gente, sino como camino que debe ser cotidiano entre los cristianos. Es decir, frente a esta realidad turbulenta y en gran medida virtual que en tanto parásito nos fragmenta continuamente, la única cosa –y eso es

sorprendente, para mí— que nos salva, es la experiencia mística, que se ofrece para ser la experiencia de los cristianos más ordinarios. La verdadera respuesta de la Iglesia al mundo contemporáneo en el fondo no es una idea o ideología, una gran explicación del mundo, un proyecto de autorrealización o una terapia super eficaz, sino es sobre todo una experiencia de Cristo en el alma, un amor del alma a Dios y, por ende, un camino místico.

G. S. – Por último, deseamos preguntarle, ¿qué significado afirma usted que tiene la figura de Edith Stein de cara al mundo contemporáneo? Y para usted, ¿qué significado tiene la figura de Edith Stein?

M. S. – Nosotros necesitamos santas y santos. ¿Qué significado tienen? El de juzgarnos. Decir la verdad sobre nosotros y el mundo actual. Alguien que descubre la grandeza de una santa o un santo, se siente juzgado, porque frente de la real posibilidad de excelencia, lo que tenemos es nuestra mediocridad y nuestra pequeñez. Esto, hablando de Edith Stein, todavía es más grave, porque no sólo, digamos, me regaña como persona, sino también profesionalmente como filósofo [risas]. Entonces es un dejarse regañar deliberadamente. Pero a su vez es una invitación a crecer.

¿Qué significado tiene para el mundo, es decir, para nuestras comunidades que quieren ser cristianas? Como ella es y era real, significa esperanza, porque significa poder ser santo a pesar de las inmensas dificultades que uno puede encontrar. Ahora, concretamente, cada santo tiene un perfil, digamos, un acento. La otra santa Teresa [del Niño Jesús y la santa Faz] tenía la grandeza de enseñarnos, acordarnos que debemos ser niños. Edith Stein, me parece a mí que nos invita al hecho de que tenemos que hacer intelectualmente una síntesis con coraje. Ella no tenía miedo de abrazar lo más moderno, cuando se encontró con la fenomenología de Husserl. Tampoco tenía miedo luego de reencontrarse con Santo Tomás. He hecho dos pasos que, en su tiempo, para la gran mayoría de los estudiantes, eran pasos muy arriesgados. No tenía miedo cuando, por ser mujer judía, no había logrado ocupar el plazo que le correspondía en el mundo académico. Cuando le invitaron a ser una humilde profesora de un instituto de pedagogía, dijo «es esto», no donde invitan las autoridades, sino «donde Dios me quiso invitar». Y con toda su armadura intelectual, que en su caso no era poca cosa, se lanzó a este trabajo. Entonces, me parece que nos invita a tener coraje hoy, de estar donde estemos y tomar nuestra tarea filosóficamente en serio, es decir, tomarlo en serio y reflexionar sobre lo que tenemos en frente, en el sentido más profundo: mirarlo en relación con la Trinidad.

En el mundo fragmentado, el mundo académico es el más fragmentado. Cada uno tiene que dedicarse a una poquísima cosita, y tener su excelencia ahí. Está bien, pero hay que pensarlo hasta el final. Uno puede elegir un fenómeno, una determinada época, lo que sea, pero hay que pensarlo desde lo que es la gran tarea para el pensamiento: contemplarlo en su relación con Dios. A mi modo de ver, eso es pensar el ser trinitariamente. Stein —hablando sobre los diversos temas que ha tocado, la empatía o la política, la estructura de la persona, la libertad— pues, ha entrado en el detalle, en la investigación más actualizada en su época. Pero no dejó la perspectiva de lo que es la verdadera tarea: repensar lo que significa ser hombre en un contexto trinitario. Su gesto nos invita a tener coraje de seguirle en esto.

Conclusiones

Mucho queda por concluir a partir de las presentaciones aquí expuestas. Aún mucho más se abre para continuar reflexionando. Estas entrevistas, aún con límite de tiempo y espacio, permiten entrever la amplitud y profundidad del pensamiento de Edith Stein o, mejor dicho, de la vida y obra intelectual de santa Teresa Benedicta de la Cruz. Su modo de transitar en este mundo en su contexto particular, tan íntimamente vinculado a su modo de pensar la realidad, es una herencia de esperanza para toda la humanidad futura. Esto se debe a su fundamento último, pues todo fenómeno estudiado y todo acontecimiento vivido, a los ojos de la santa filósofa y al contemplar su vida y obra, reclaman la mirada hacia aquel último misterio que lo sobrepasa todo.

La pregunta por lo humano ha llevado a Stein a discurrir sobre el desarrollo de la propia identidad, gestando una filosofía de la educación antropológicamente fundada. La incógnita acerca de la vida humana en comunidad la condujo a descubrir aspectos prioritarios de los vínculos interpersonales, confeccionando una filosofía de la comunidad y lo social. Asimismo, la reflexión acerca de la vida la llevó a forjar un *ethos* con el que vivir y con el que vivió, configurando con él su testimonio hasta el último momento. Luego, décadas después, continuamos recuperando de sus fuentes conceptos, nociones e intuiciones que nos impulsan a vivir en atención al horizonte último de la existencia. Desde las cosas mismas hacia las verdades últimas. Y en su pensamiento encontramos una gran riqueza, con conexiones y vinculaciones entre los distintos conceptos e intereses de reflexión.

De modo semejante, en estas entrevistas, investigadores especializados en diversas temáticas dan cuenta de la obra intelectual de Stein, y entre sus exposiciones es todavía visible esa relación profunda entre los distintos aportes de la santa filósofa alemana. Santa Teresa Benedicta de la Cruz sigue siendo una voz para nuestro tiempo, una luz en la encrucijada de nuestra era, signo de esperanza para el siglo XXI.

BIBLIOGRAFÍA

Chávez Aguilar, P., M. T. Stiven & E. Reyes-Gacitúa (2023), "Empatía: la propuesta de Edith Stein para un nuevo vínculo social", *Revista Diálogos*, 17. Recuperado de:

<https://revistadiálogos.uc.cl/empatia-la-propuesta-de-edith-stein-para-un-nuevo-vinculo-social/>

Giudice, C. (2022), "Trazar caminos: la propuesta pedagógica de Edith Stein como consecuencia de su antropología integral", *Eikasía. Revista de Filosofía*, 109. Recuperado de:

<https://repositorio.uca.edu.ar/bitstream/123456789/15813/1/trazar-caminos-propuesta.pdf>

Giudice, C. (2018), "Un todo que piensa, siente, quiere y obra. La antropología integral de Edith Stein", *Tábano*, 14. Recuperado de: <https://repositorio.uca.edu.ar/handle/123456789/9210>

Reyes-Gacitúa, E. (2021), "Edith Stein: de la concepción de la persona humana a la comprensión de la mujer", *Franciscanum*, 175 (63). DOI: <https://doi.org/10.21500/01201468.5222>

Szalay, M. (2022), "Politics and testimony. Political implications of Jan Patočka's and Edith Stein's testimony", *Pensamiento*, 78 (297). DOI: <https://doi.org/10.14422/pen.v78.i297.y2022.002>

Szalay, M. (2024), "La existencia inacabada de la persona humana. La batalla por la autonomía del yo mismo en el contexto contemporáneo –Edith Stein y Byung-Chul Han en diálogo", *Steiniana. Revista de Estudios Interdisciplinarios*, 8. DOI: <https://doi.org/10.7764/Steiniana.8.2024.8>